



NICOLÁS SARTORIUS

La manipulación del lenguaje

Breve diccionario
de los engaños


ESPASA

NICOLÁS SARTORIUS

LA MANIPULACIÓN DEL LENGUAJE

Breve diccionario de los engaños

© Nicolás Sartorius, 2018
© Espasa Libros, S. L. U., 2018

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 7.680-2018
ISBN: 978-84-670-5288-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Black Print

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

ÍNDICE

Exposición de motivos	13
Ajuste de cuentas	23
Armas inteligentes	26
Banco malo	29
Brotos verdes	33
Clases medias	35
Comando legal	43
Como no puede ser de otra manera	45
Comunidad internacional	47
Confianza	50
Conflicto vasco	52
Congelación salarial	60
Crecimiento negativo	63
Derecho a decidir	65
Devaluación interna	68
Díálogo	71
Dinero B	74
Economía de mercado	76
Emprendedores	79
Encaje	81
Entramado societario	84
España nos roba	86

ÍNDICE

Estado de bienestar	89
Estado español	95
Exiliado político	98
Externalizar	102
Fascismo o fascista	104
Franquismo o régimen anterior	108
Guerra preventiva	111
Igualdad de oportunidades	113
Indemnización en diferido simulada	120
Izquierda abertzale	122
Judicializar la política	124
Línea de crédito	127
Los mercados	130
Nacionalismo <i>versus</i> nación	133
Neoliberalismo <i>versus</i> libertad	145
Nuestro entorno	162
Paraísos fiscales	164
Participaciones preferentes	167
Patriotismo constitucional	170
Poderes fácticos	176
Populismo	179
Por imperativo legal	191
Posverdad	194
Preso político	196
Presunción de inocencia	199
Principio democrático	202
Protección de datos	204
Protocolo	207
Recargo temporal de solidaridad	209
Referendo legal y pactado	211
Reformas estructurales	214

ÍNDICE

Régimen del 78	217
Regularización fiscal	219
República catalana	222
Riesgo moral	238
Rigideces del mercado laboral	241
Sentido común	245
Soberanía	251
Socialismo y comunismo	254
Tique moderador	261
Violencia de género	263
Viral	267
Vivir por encima de nuestras posibilidades	270
Voto útil	272
Bibliografía	275

EXPOSICIÓN DE MOTIVOS

En los años oscuros de la interminable dictadura del general Franco, cuando estudiaba en la Universidad de Madrid, fui tomando conciencia de que una de las esencias de aquel régimen político liberticida era la mentira sistemática, sin percatarme todavía de lo que aquello tenía de manipulación del lenguaje. Era en el fondo una forma de represión intelectual que tenía por finalidad impedir por todos los medios que se conociera la verdad o, por lo menos, enmascararla u oscurecerla y así lograr un cierto consenso de una parte de la población. Consenso que habían logrado por medio de la persistente repetición de la mentira los sistemas totalitarios de Mussolini y Hitler en Italia y Alemania, Stalin en la Unión Soviética, y algunas democracias en sus políticas de dominación colonial. En la España del «Caudillo» todo fue mucho más cutre, y el sometimiento o aquiescencia mental de la población, bastante menor. Quizá lo anterior se debió a que, en nuestro país, los trabajadores de todas clases de los que hablaba la Constitución de la República intentaron con las armas en la mano evitar que triunfara el fascismo y, aunque al final este se impuso, desde luego no convenció a la mayoría del pueblo español. No sé si Unamuno dijo aquello de «vence-réis, pero no convenceréis», pero, en todo caso, es lo que sucedió. Por desgracia, una de las dos Españas le heló el corazón a la otra —como vaticinara don Antonio Machado—, y en este

EXPOSICIÓN DE MOTIVOS

caso pretendió diseccionar la mente del conjunto de los españoles a través de una inacabable sarta de mentiras, de engaños y de mistificaciones.

Creo que fue uno de los motivos —no el único— que me indujo a resistir contra la dictadura, cuando tomé conciencia de que toda ella estaba sustentada en una inmensa falacia. Me resultaba el colmo de la farsa que aquel dictador, que había fusilado a dios y a su madre, entrara bajo palio en las iglesias, como si fuese el Santísimo Sacramento, y que en las monedas de uso corriente pusiese aquello de «Caudillo de España por la gracia de Dios». En realidad, había sido «caudillo» por mera carambola al estrellarse los dos generales —Sanjurjo y Mola— que le habrían hecho sombra, y no parece plausible que a Dios —si es que existe— le hiciera mucha gracia el holocausto que provocó en la sufrida España.

Por aquel entonces se repetía por todas partes el eslogan de que España era «Una, Grande y Libre». En mi inexperiencia de estudiante, asiduo en lecturas varias, no entendía cómo se podía afirmar que España era «Una», cuando hacía pocos años nos habíamos matado entre españoles, lo que indicaría que, por lo menos, había dos Españas. Lo de «Grande» me resultaba un delirio de «grandeza» —nunca mejor dicho—, pues en mi visión del país se me aparecía una España más bien pequeña, empobrecida, aislada del mundo, en la que hacía poco había contemplado a personas cayendo de hambre en la calle, que usaba la cartilla de racionamiento, donde el estraperlo campaba a sus anchas por las esferas oficiales y donde los taxis y coches —muy pocos— utilizaban el gasógeno para impulsarse. Tanto es así que, poco después, más de un millón de compatriotas tuvieron que abandonar el país para no morir de asco. Y lo de «Libre» era un sarcasmo, un mofarse y befarse del sufrido personal. No

EXPOSICIÓN DE MOTIVOS

es que aquel régimen hubiera laminado todo rastro de libertad, sino que, además, había intentado organizar la no-libertad, característica específica de las dictaduras fascistas. En este sentido, el embuste y la impostura se llevaban al extremo de que aquel engendro se autocalificaba de «democracia orgánica», cuando era la negación del gobierno político por parte del pueblo, y por lo que hace a «orgánica», nunca he sabido qué querían decir, pues en lo que atañe a la constitución de las corporaciones o entidades colectivas, estaban todas prohibidas. Es posible que se refirieran a eso de «la Familia, el Municipio y el Sindicato».

En fin, las familias ya se sabe lo que son, pero menos conocidas son las funestas características que las adornaban durante el franquismo. Me refiero a que la mujer o esposa era un cero a la izquierda, carecía de los más mínimos derechos, hasta el punto de que no podía viajar sin autorización del padre o marido, ni testar, ni firmar contratos, ni tan siquiera disponer de sus propios bienes privativos. Y qué decir del «Municipio», con los alcaldes nombrados a dedo, los pueblos en manos de los caciques y carentes de los servicios más elementales. Lo del «Sindicato» era realmente asombroso. Ni tan siquiera el general Primo de Rivera había liquidado, durante su dictadura, a los sindicatos de clase. La de Franco hizo algo mucho más expeditivo: puso fuera de la ley a las centrales obreras, se incautó de sus bienes, fusiló, encarceló o exilió a sus afiliados, cuadros o dirigentes, y los sustituyó por lo que llamó el «sindicato vertical». De sindicato, como organización para la defensa de los trabajadores, no tenía ni rastro, y en cuanto a lo de «vertical», supongo que se refería a que estaban mezclados en su interior obreros y patronos —con afiliación obligatoria— bajo un mismo mando político. La Falange siempre fue muy dada al mando, a la jerarquía, a la «verticalidad», cuando, en realidad, a los auténticos sindi-

EXPOSICIÓN DE MOTIVOS

calistas los habían colocado en posición «horizontal». Todo esto lo comprendí un poco más tarde, porque en la universidad la primera farsa con la que tuvimos que lidiar los estudiantes fue con el Sindicato Español Universitario (SEU), que, como los otros, ni era sindicato —todo dependía de la «línea de mando»— ni era universitario, pues los estudiantes lo despreciábamos, ni servía para nada. El enfrentamiento con el mentado SEU, en febrero de 1956, fue uno de los episodios más significativos de la lucha contra la dictadura.

Pero el régimen franquista no se conformaba con propalar la mentira para uso interno; tenía pretensiones cosmopolitas. Por eso, el desiderátum de esta orgía de falsedades y maturrangas se producía cuando los corifeos y paniaguados adictos a la situación que escribían en los medios de comunicación calificaban, nombraban o se referían al ínclito Caudillo no solo como «hombre providencial», sino nada menos que como el «centinela de Occidente», la famosa «lucecita del Pardo». Luz que, por lo visto, siempre estaba encendida, velando por la suerte de la civilización occidental —de cuya supuesta decadencia escribió Spengler— para que no cayera en las garras del nefando comunismo. La verdad era, por el contrario, que aquel sistema político fue un ente apestado en el mundo internacional, cuyo jefe del Estado solo se entrevistó a lo largo de su vida con otros dictadores, como Hitler, Salazar, Mussolini, Trujillo, algún jeque árabe —por aquello del «hermano moro»— y con un par de presidentes republicanos de Estados Unidos, que le pagaban con una visita el sometimiento del país a la estrategia militar norteamericana en la Guerra Fría, aparte de otros suculentos negocios.

Por aquel entonces, todos estos panegíricos y falsedades me parecían simplemente las mentiras típicas de una dictadura, pero no era capaz de captar el sentido más profundo que todo aque-

EXPOSICIÓN DE MOTIVOS

llo tenía ni la relación de la mendacidad con el uso del lenguaje. Recuerdo que fue leyendo a Antonio Gramsci, al finalizar los estudios, cuando empecé a comprender mejor la conexión entre lenguaje, cultura, sentido común, hegemonía, política y, en una palabra, poder. Menciono a lo largo de este «breve diccionario» algunas de esas ideas a las que tanto debo en la comprensión de que no es lo mismo alcanzar el Gobierno que tener el poder. Sobre todo cuando el pensador sardo, al referirse al lenguaje, la lengua y el sentido común, sostiene que lenguaje significa también cultura y filosofía y que, en consecuencia, el «hecho lenguaje» en realidad es una multiplicidad de hechos más o menos orgánicamente coherentes y coordinados que al penetrar mayoritariamente en la sociedad se convierten en hegemónicos. A partir de ahí, Gramsci, en una breve nota sobre el significado que tiene decir la verdad en política, denuncia la opinión difundida en muchos ambientes —de su época y también de hoy— de que mentir o esconder la auténtica opinión forma parte del arte de la política, y concluye que en la política de «masas» (democrática) decir la verdad es una necesidad. De esta manera se establece una relación esencial entre verdad y democracia de evidente trascendencia.

A lo largo de una dilatada actividad política fui comprendiendo mejor algunas cuestiones referentes al uso del lenguaje y sus efectos. La primera fue que, en política, las palabras son «hechos», tienen su propia densidad «física» y sus efectos pueden ser beneficiosos o catastróficos. A lo largo de la historia, palabras habladas o escritas han provocado o impulsado guerras, matanzas, levantamientos, pronunciamientos o quiebras, pero también los hechos más positivos y las expresiones más extraordinarias de la mente humana. No es verdad, por lo tanto, que, como se dice vulgarmente, «las palabras se las lleva el viento».

EXPOSICIÓN DE MOTIVOS

Muy al contrario, son como rocas o piedras que pueden provocar auténticos aludes o sostener sólidas arquitecturas políticas. Existe, sin duda, un hilo invisible entre las palabras y la movilización de las conciencias que puede originar pequeños o grandes cambios. Por esa razón, quien controla la difusión, la transmisión o la comunicación de las palabras tiene un gran poder. La segunda conclusión fue que, cuanto más se manipula el lenguaje, mayor es el deterioro de la democracia, cuya fortaleza radica en la transparencia, en la claridad y en la verdad. Sin una información veraz, sin una transparencia en la motivación de las decisiones que afectan a la cosa pública, la participación de la ciudadanía en la vida política y en la elección de las mejores soluciones a los problemas comunes se deteriora e incluso se hace inviable. Una de las formas más perniciosas de trastocar y hacer trastabillar el delicado engranaje en que consiste el funcionamiento de la democracia es precisamente a través de la manipulación del lenguaje.

Hace unos años empecé a darme cuenta de que se estaba generalizando cierta tergiversación de las palabras, quizá como consecuencia de la crisis económica o porque estábamos entrando en ese mundo que se llama de la «posverdad», que en el fondo y en la superficie no es más que el universo de la mentira. Bien es cierto que a lo largo de la historia siempre se ha manipulado el lenguaje. Cuántas veces no se habrá dicho que la verdad es la primera víctima de las guerras y, por desgracia, la historia de los humanos es, también, la historia de sus guerras, sean o no expresiones de sus luchas de clases. Ahora vivimos en democracia, por lo menos en algunas partes del mundo, pero no por ello estamos vacunados contra las manipulaciones del lenguaje, una de las formas más peligrosas y sutiles de dominar a las personas. No estamos, desde luego, al mismo nivel de mendacidad en el que

EXPOSICIÓN DE MOTIVOS

cayeron las dictaduras a las que hemos hecho referencia, pero siempre hay que estar vigilantes si deseamos disfrutar de una democracia robusta.

Así fue como un buen día, hace ya algunos años, me puse a intentar revelar o esclarecer lo que había detrás o debajo de una serie de palabras o frases hechas que se repetían una y otra vez en los medios de comunicación o en las conversaciones habituales. A mí me parecía que el auténtico significado de esos vocablos o locuciones era el opuesto del que literalmente expresaban y, sin embargo, era admitido como si fuera veraz. Al principio, el ejercicio de poner sobre un papel lo que pensaba sobre el particular lo tomé como un divertimento, sobre todo al glosar el que para mí era el significado real de frases tan chungas como «brotes verdes», «crecimiento negativo», «indemnización en diferido simulada», «como no puede ser de otra manera» o «recargo temporal de solidaridad». Frases que son tan estultas o necias que hay que tratarlas con cierta ironía y sentido del humor, aunque contengan mensajes bien dañinos. Sin embargo, a medida que avanzaba e iba encontrando nuevas voces o entradas, el divertimento fue menguando y sustituido por una suerte de *angustiamiento* (sentimiento angustioso) cuando me topé con palabras o expresiones como «izquierda abertzale», «violencia de género», «congelación salarial», «guerra preventiva», «preso político» y otras de parecido tenor, que estaban expresando realidades dramáticas y que, en mi modesta opinión, eran utilizadas, consciente o inconscientemente, en un sentido engañoso. Mi desazón se acentuó cuando comprobé que se estaban convirtiendo en «sentido común», esto es, como algo dado e indiscutible. Y ya la tarea se puso más seria cuando tuve que abordar conceptos nucleares como «economía de mercado/capitalismo», «nacionalismo/nación», «neoliberalismo/libertad», «populis-

EXPOSICIÓN DE MOTIVOS

mo/pueblo», «socialismo/comunismo», «república catalana»; «derecho a decidir/autodeterminación», que, como puede el lector imaginar, son palabras mayores, de alto riesgo y no sencillas de clarificar. Sin embargo, he intentado abordarlas sin solemnidad y sin ninguna pretensión filológica, pues no soy ningún académico de la lengua, pero sí he tenido el atrevimiento de intentar demostrar que esos conceptos tan imponentes, por los que multitud de personas se guían, e incluso matan o mueren, significan en muchas ocasiones todo lo contrario, esto es, lo opuesto de lo que aparentemente expresan o comunican. De esta manera, entiendo que el neoliberalismo erosiona la libertad y la democracia; que cierto nacionalismo es lo opuesto al interés de las naciones; que formas dictatoriales de socialismo/comunismo atentan también contra la igualdad y que populismos de variado pelaje acaban perjudicando a los pueblos a los que dicen defender. Un atrevimiento, sin duda, por mi parte, pero es lo que pienso.

Se trata de un «breve diccionario sobre los engaños» que no se refiere a nadie en particular y que no quiere decir que los que utilizan estas frases o vocablos deseen manipular a conciencia, o que todos los vocablos o frases contengan la misma cantidad de engaño, pues si bien «manipular», en su acepción que aquí encaja, significa «intervenir con medios hábiles y a veces arteros en la política, en la sociedad, en el mercado, etcétera, con frecuencia para servir a los intereses propios o ajenos», no todo el que los ha utilizado lo ha hecho con medios arteros o para servir a unos u otros intereses. En mi opinión, lo peligroso del asunto es que, si bien, en su origen, los que «lanzaron al mercado» estas expresiones buscaban determinados efectos y defendían concretos intereses, luego se han convertido en lugares comunes, frases o palabras aceptadas por la mayoría. De esta manera se alcanza-

EXPOSICIÓN DE MOTIVOS

ba su objetivo primordial, que era que la manipulación se transformase en veracidad.

Al final, he seleccionado sesenta y cinco ejemplos que aparecen en orden alfabético, como suele suceder en todo diccionario. Desde luego, no se agotan aquí las posibilidades de nuevas tergiversaciones, pues todos los días es posible encontrar expresiones que merecerían tener su espacio en este ensayo. En algún momento había que parar, y me daría por satisfecho si lograra que, por lo menos, alguna expresión o palabra contenida en este libro no se utilizase en el sentido contrario a la realidad o a la verdad.